

# Un inocente e inofensivo cuento acerca del fundamento último del mundo

David J. FernándezBretón

Eru Ilúvatar se encontraba intranquilo. Había algo que lo inquietaba sobremanera, y era su propia incapacidad de vislumbrar las verdades absolutas. Se había topado por primera vez con tales verdades cuando muy joven. Creyéndose todopoderoso, intentó crear una piedra tan pesada que ni él mismo la pudiera levantar. La clara inconsistencia lógica de la conjunción

$$(\forall x)(\text{Eru puede } x) \wedge (\exists x)(\exists y)(x \equiv \text{“Eru levanta } y \text{”} \wedge \text{Eru no puede } x)$$

hizo patente que Eru no era en verdad todopoderoso, y que de hecho ningún ente podía serlo; y por consiguiente y pese a todos sus esfuerzos, Eru no pudo crear tal piedra. Tampoco tenía Eru la capacidad de decir o bien toda la verdad o bien sólo la verdad. La existencia de la proposición

“Eru no puede decir esta oración sin contradecirse.”

resultó un obstáculo infranqueable, pues esta oración es sin duda verdadera, pero por ello mismo Eru no pudo jamás pronunciarla (sin duda, esto también se debió en parte a que Eru no estaba dispuesto a caer en contradicciones, lo cual en última instancia es tanto como mentir). Este y otros ejemplos fueron mostrando a Eru que había ciertas cosas que no se podían hacer, independientemente de quién, cuándo, cómo y dónde las intentara, así como otras que necesariamente tenían que ser de cierto modo. Y esto lo inquietaba debido a que era una fuente constante de obstáculos inesperados que se interponían entre Eru y sus objetivos.

Estas pocas verdades absolutas que llegó a vislumbrar Eru, lo hicieron adivinar que había un algo en el mundo que era realmente poderoso, de hecho maximalmente poderoso (era imposible encontrar algo más poderoso que este algo). Sin embargo, este algo poderoso no resultaba en absoluto misterioso, sino que era generoso, abierto a que todo aquél que lo quisiera escrutar descubriera todas las verdades absolutas que pudiera, y aún más. En aquellos febriles días de juventud, Eru dio en llamar “lo Absoluto” a este ente que se revelaba como inmaterial, impersonal, tan inexistente como el tenue vacío y no obstante tan concreto que había impedido en varias ocasiones que Eru cumpliera con sus deseos. Sin embargo, actualmente Eru intuía la necesidad de conocer “lo Absoluto”, no ya como en su juventud, para evitarse malos ratos al no poder hacer lo que se le viniera en gana; sino de una forma más madura,

acaso intuyendo que era este Absoluto, y no otra cosa, el fundamento último de todo, hasta de su propia existencia. Pensamiento nada descabellado, sobre todo teniendo en cuenta que este Absoluto tenía la propiedad (tal y como se dice popularmente en México acerca de la muerte) de tratar a todos por igual, sin discriminar a nadie, determinando y limitando lo que todos los entes podían hacer, así como lo que podían ser.

Así las cosas, Eru Ilúvatar puso manos a la obra. Desde luego, tomó su tiempo realizando su primer intento, mismo que resultó absolutamente fallido, y tardó similar tiempo en posteriores intentos, los cuales en un principio parecían totalmente aleatorios y sin método, pero que finalmente fueron resultando en una sucesiva mejora de los medios empleados para alcanzar su objetivo, y en una mejor aproximación a la solución; hasta que finalmente todos los esfuerzos de Eru convergieron en una idea perfecta para llegar a comprender lo Absoluto. Dicha idea consistía en crear un submundo, uno que fuera totalmente creación de Eru, sujeto a las siguientes dos características:

- Dotado de una capacidad para evolucionar, generando a partir de estructuras más simples otras estructuras más complejas. Como es obvio, para preservar el equilibrio se hacía necesario que por cada abundante cantidad de estructuras simples se generara una cantidad más reducida de estructuras complejas. Así entonces, Eru tenía que “medirle el agua a los camotes”, para que el submundo creado no fuera ni tan pequeño como para impedir la formación de las estructuras más ricas y más complejas, ni tan grande como para conducir al caos total, ahogando la capacidad de generación de estas estructuras.
- Sujeto, desde luego (pues nada ni nadie se salva de ello), a las leyes de la lógica, es decir, a lo Absoluto. Pero más aún, dotado de cierta regularidad que impidiera la ocurrencia de eventos totalmente aleatorios dentro del submundo. Es decir, este submundo debería estar dotado de ciertas leyes que forzaran su comportamiento a no salirse de cierta senda más o menos definida. Nuevamente, Eru Ilúvatar debía cuidar que “ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre”, es decir, las leyes a las que sujetara su submundo debían ser lo suficientemente restrictivas como para evitar el caos total, pero no tanto como para impedir la formación de estructuras lo suficientemente complejas.

Como hemos dicho, después de variados intentos Eru Ilúvatar logró finalmente encontrar el “sazón” exacto para estas dos características, y en ese momento dijo: “¡Hágase la luz!”. Y surgió el Universo tal y como nosotros lo conocemos.

Una vez que esto hubo ocurrido, lo demás es historia: lentamente el Universo fue formando estrellas y galaxias, y a nivel más pequeño (y por consiguiente más complejo) planetas, en los cuales surgían estructuras montañosas, mares y otras cosas de similar complejidad, hasta que en unos cuantos de estos planetas comenzaron a tomar forma las primeras moléculas orgánicas. Pasados millones de años, estas

moléculas llegaron a asociarse en forma tal que la estructura resultante fue capaz de autorreplicarse: había surgido la vida. Esta vida evolucionó, haciéndose muchísimo más compleja, hasta que comenzaron a surgir los seres conscientes (creo que, en esta categoría, lo primero que hubo fueron anfibios). Por primera vez había surgido la consciencia: puede decirse que por primera vez el Universo pensó. Dicha consciencia fue evolucionando más y más, hasta que surgió un ente llamado “humano”, mismo que, después de miles de años de generar otro ente no menos complejo llamado “cultura”, fue capaz de contemplar al Universo. Este fue el verdadero punto de inflexión: el hombre, una parte del Universo, se hacía preguntas acerca del Universo mismo. Es aquí donde puede decirse que el Universo desarrolló autoconsciencia. Una vez desarrollada esta autoconsciencia, el hombre pudo hacerse consciente de sí mismo (autoconsciencia de la autoconsciencia, autoconsciencia de orden 2), consciente de que era consciente de sí mismo (autoconsciencia de la autoconsciencia de la autoconsciencia, autoconsciencia de orden 3), y así sucesivamente fueron surgiendo las autoconsciencias de orden  $n$ , para cualquier  $n \in \mathbb{N}$ . Sin embargo, esto resulta ser de una importancia secundaria. Lo realmente importante es que el hombre se hizo preguntas acerca del Universo mismo. Y al tratar de responderlas, se encontró con la ayudadita que para tal fin había dejado Eru Ilúvatar: ¡el Universo se comportaba de manera lógica! Si bien en aquél tiempo los hombres no eran conscientes de este hecho, no obstante, lentamente iban descubriendo más y más leyes de la naturaleza, y a la par iban desarrollando un lenguaje poderosísimo para codificar tales leyes: la matemática. Eventualmente, algunos llegaron a preguntarse sobre el fundamento de dicho lenguaje, y lentamente, permaneciendo esa pregunta como un constante ruido de fondo a través de algunas generaciones de hombres, las respuestas a esta pregunta fueron conduciendo a que el hombre descubriera algunas de aquellas verdades absolutas con las que se había topado Eru Ilúvatar en su juventud. Eru, mientras tanto, observaba fascinado la evolución de su submundo, que había por fin alcanzado el nivel de autoconsciencia de que llegó a gozar Eru cuando joven. Por fin había comenzado lo bueno. La humanidad (algunos de sus ejemplares) se dedicaban a estudiar la lógica, es decir, a escrutar en lo Absoluto. Y al hacer tal cosa, hacían feliz a Eru que justamente para eso los había creado. Pero a su vez, lograban ponerse al mismo nivel que Eru; lograban, en cierto sentido, ser iguales a Él y trascender su propio pequeño Universo. Y es que todo ente permanece como en un letargo durante su existencia, hasta que logra conocer (una pequeña porción de) lo Absoluto, que es cuando realmente viene a la existencia. Sólo la exploración de lo Absoluto nos hará ser, de una manera no trivial. El Universo entero existe tan sólo para que exploremos dicho Absoluto, fundamento de la existencia de todo, hasta del mismo Eru Ilúvatar (para quienes creen en él, con cualquiera de sus muchos nombres. Para quienes no, de cualquier forma este Absoluto del que aquí hablamos, es directamente el fundamento último y único de la existencia del Universo mismo, sin el intermediario ficticio del presente cuento).